

2. EL ORDENADOR

Latinel López ya tenía un ordenador.

El técnico acababa de dejarle instalado, en la habitación que le servía de despacho y que compartía con la tabla de planchar y el cesto de la ropa, un equipo informático listo para trabajar con él.

Latinel López había soñado con tener un ordenador desde el día en que, varios meses atrás, su amigo Serafín González lo invitara a cenar a su casa y en el receso previo al café de rigor le mostrara el que él se acababa de comprar. Aquella noche, Latinel López comprobó que cada vez que se sentaba delante de su antigua Hispano-Olivetti M40 y comenzaba a teclear sus dedos manejaban una herramienta de la prehistoria tecnológica, porque cuando acababa de corregir el borrador de uno de sus escritos tenía que volverlo a escribir todo de nuevo y, además, sólo disponía de un único tamaño de letra, no podía resaltar párrafos, frases o palabras con negrita y ni siquiera la cursiva entraba a formar parte de su reducido arsenal de escritor aficionado.

Aquella noche, en casa de su amigo Serafín González, descubrió un mundo nuevo de posibilidades que le ahorrarían esfuerzo y le permitirían escribir más y tal vez mejor, aunque esto último —pensaba— no depende de la eficacia de la herramienta sino de la maestría del obrero que la maneja. Porque a Latinel López le gustaba escribir; sus ratos libres los dedicaba a inventar historias. Desde pequeño le había gustado escribir, posiblemente bajo la influencia de su abuela, a la que recordaba siempre con un libro en las manos o con unas cuartillas emborronándolas a plumilla cuando había acabado las tareas de la casa.

El verdadero nombre de Latinel López era Lamberto Timoteo Nelson Jeremías López Cortés, aunque a él todo el mundo le había llamado siempre Latinel. Solamente recordaba una ocasión en que alguien le llamara por su nombre completo. Y ese alguien fue su

abuela el único día en que la vio realmente enfadada; un enfado superlativo cuando encontró en uno de sus amados libros una mancha de tinta:

—¡Lamberto Timoteo Nelson Jeremías López Cortés, ven aquí inmediatamente donde quiera que estés!!

Recordaba la frase, o más bien el grito, tal cual porque además a la abuela le había salido un pareado.

A Latinel, de sus ascendientes solo le quedaban recuerdos, buenos recuerdos y algunos malos pero ¡que pesaban tanto!

Latinel era chileno, aunque ya se había nacionalizado español. Llevaba en este país 23 años. Desde unas semanas después de que consiguiera casi milagrosamente salir de Chile tras el fatídico 11 de Septiembre de 1973 en que la felonía de un general, la traición de unos y la complicidad de otros arrancó de cuajo los sueños de un país y la vida de muchos de sus ciudadanos. Entre ellos, los más directos familiares de Latinel. La abuela incluida. El delito: simpatizar con el gobierno de Salvador Allende, apoyar la Unidad Popular, o simplemente escribir versos que hablaban de amor, que hablaban de libertad.

El chileno se sentó ansioso frente a la pantalla de su recién instalado PC, colocó los dedos sobre el teclado y pulsó repetidamente las teclas siguiendo un improvisado desorden de caracteres que aparecían instantáneamente sobre el fondo claro del monitor. En esos momentos hacía lo que esos niños a los que se sienta por primera vez frente a una máquina de escribir y golpean las teclas con un incontrolado frenesí que se vuelve más y más intenso al comprobar que sobre un papel blanco se impresionan ordenadamente letras desordenadas sin significado alguno, pero que proporcionan la satisfacción de haber conseguido realizar lo que los mayores casi siempre prohíben a los pequeños.

Latinel había tardado más de cuatro meses en conseguir lo que él definía como una imprescindible herramienta de trabajo. No le había

resultado fácil. Primero hubo de trabajarse a sus hijos, Manuel Tobías y Carlos Ezequiel, para que renunciaran momentáneamente a la cadena musical que venían exigiendo insistentemente y que ya había sido prometida si acababan el curso sin suspenso alguno. Ardua tarea la del chileno que en el transcurso de las negociaciones hubo de aceptar que durante una hora diaria sus hijos pudieran jugar libremente con el ordenador. No había sido una concesión de su agrado pero al fin y al cabo una negociación tiene esos inconvenientes. Todo se saldó con un pacto de caballeros en el que ambas partes, además, convinieron en presentar un frente unido ante la madre para conseguir su voto afirmativo en la compra del equipo informático. Una vez superado el primer escollo, los compinches prepararon el asalto al segundo y más difícil: María Rosa. La esposa de Latinel, y madre de Manuel Tobías y Carlos Ezequiel, se negó en redondo cuando un domingo en la mañana tras el desayuno de chocolate con mona le expusieron detalladamente sus planes:

—¡No y no! ¡Ya tenemos hablado y decidido que vamos a poner las cortinas del salón! —se cerró en banda María Rosa resistiendo todos los ataques que por tres frentes le llovían—. Llevo años esperando para poner las cortinas y ahora me venís con esas. ¡No estoy dispuesta a consentirlo! —aseguró con firmeza mientras fregaba cucharillas y tazas del desayuno que había retirado de la mesa con más rapidez que de costumbre para tratar de zafarse del acoso a que se veía sometida.

—Pero María Rosa —intervino el chileno con la voz acaramelada y persuasiva que utilizaba con su mujer cada vez que pretendía convencerla de alguna cosa—, atiende un momento...

—¡Que no, Latinel, que no! —y salió de la cocina dando por zanjada la discusión. Aquella mañana no valieron coplas.

Pero resultaba duro soportar día tras día, y a la menor ocasión de abordar el tema, la insistente cantinela de Manuel Tobías sobre las bondades del ordenador como ayuda para los estudios, con sus posi-

bilidades de investigar y aprender ciencia porque habían buenos programas en el mercado, la utilización para traducciones de inglés o para consultar enciclopedias que vendían en CD-Rom y un sinfín de opciones más que le repetía a su madre como una lección bien aprendida de memoria. Como era duro soportar los lloros del pequeño Carlos Ezequiel que en cuanto se le acababan los tres argumentos que había escuchado a su hermano agarraba un llanto que se le clavaba en los oídos a su acosada madre. Y lo peor de todo era tener que aguantar la serena y razonada explicación que Latinel se empeñaba en exponerle a su mujer con el ánimo de convencerla de que él necesitaba esa "herramienta de trabajo" para crear sus historias literarias, los niños se beneficiarían en el estudio e incluso ella podría llevar con el ordenador los gastos de la casa, una relación de recetas de cocina o el listado de libros de su bien nutrida biblioteca.

—Sí, tú pónmelo todo de color de rosa, pero yo estaba ilusionada con empezar a vestir la casa —se resistía María Rosa una y otra vez.

—Mujer, eso fue antes de descubrir lo que es un ordenador y las infinitas posibilidades que tiene. Incluso nos podría ser de gran ayuda para llevar el negocio; me han dicho que hay unos programas muy buenos para eso. Las cortinas pueden esperar un poco más.

Las discusiones, los debates, algún soborno encubierto, los intentos de seducción —como aquella noche en que la había invitado a cenar, a bailar y a hacer el amor en la furgoneta a la luz de la luna, y tras acabar una ardiente relación, cuando disfrutaban de la calma que sigue a la agitación, le planteó por enésima vez la compra del ordenador y ella le contestó con un escueto y casi imperceptible no al tiempo que se giraba para echar un corto sueño; un no que lo dejó nerviosamente desconcertado— y sobre todo la creciente presión familiar hicieron lo que parecía imposible, conseguir un sí a regañadientes:

—¡Me rindo, haced lo que queráis! Un ordenador no merece este martirio diario.

Latinel López ya tenía garabateada casi un pantalla completa; dejó de teclear, tomó el ratón y lo deslizó para seleccionar un trozo de su indescifrable escritura; acto seguido probó los efectos de distintos estilos y fuentes con que el programa —le habían instalado el paquete de Microssof Oficce para Windows— le permitía trabajar. Se sintió satisfecho y feliz de haber llevado a buen puerto lo que en un principio parecía una quimera. Había convencido a sus hijos, le había arrancado el visto bueno a María Rosa y había concluido con éxito la aventura de elegir un equipo informático entre los cientos de modelos, marcas, prestaciones y precios distintos con que los fabricantes inundan el mercado y los ojos de los potenciales compradores.

Le había sido de gran ayuda su buen amigo Serafín González —al que María Rosa casi ni le hablaba porque lo hacía responsable del empecinamiento de su marido—, que ya había pasado por eso cuando adquirió el suyo. Visitaron innumerables tiendas, grandes y pequeñas, en pueblos y ciudades, incluso fueron a El Corte Inglés; pidieron más de diez presupuestos y explicaciones y más explicaciones sobre marcas, calidades, garantías, servicio técnico, facilidades de pago, etc. para terminar comprando en PC-Reus, una pequeña tienda donde había adquirido Serafín el suyo, un clónico multimedia y una impresora de chorro de tinta "con calidad láser", como rezaba la propaganda.

Latinel López comprobó rápidamente las funciones más precisas de su ordenador: creación de tablas, organización del texto en columnas, justificación del texto, etc. y decidió que ya era suficiente como para empezar a escribir algo en serio. Casi sin darse cuenta comenzó a teclear aquel poema que un buen día, cuando apenas contaba quince años, encontró entre las amarillentas páginas de "Rimas y Leyendas" de Gustavo Adolfo Bécquer que su abuela tenía sobre la mesa camilla de su habitación. Estaba firmada por Alberto Fabián López de la Fuente, el abuelo que no había conocido

pues murió dos años antes de nacer él en un accidente de circulación. Elisa María de la Merced, su abuela, era la destinataria del que le pareció el poema más bello del mundo. Se lo aprendió de memoria y se atrevió a recitárselo a su abuela que le explicó con ternura y añoranza que con ese poema fue como Alberto Fabián, el abuelo Alberto, se le había declarado cincuenta años atrás.

Cuando terminó de escribirla la leyó para sí en silencio:

A *ELISA*

*Mis ojos miraban, buscaban
abiertos,
ciegos, absortos, disueltos,
abiertos
en plana ilusión
al desierto
de humano aluvi3n.
Desconcierto
de amor y pasi3n.*

*Y de pronto te cruzas, Elisa,
deprisa,
preciosa, galante, dichosa,
deprisa,
con aire radiante.
Tu suave sonrisa
me prenda al instante.*

*Y mis ojos comienzan a ver,
y a oler
mi nariz; y mi boca
el sabor
del amor;*

*y a escuchar
el silencio en el viento
de tu caminar.
Y mis manos, las siento,
te quieren tocar.*

*Elisa, el aire que mueve tu paso,
tu brisa,
suave caricia
me llega y me envuelve;
me abraso.
Elisa,
delicia de amor.
Cautivo tú tienes a mi corazón.*

*Elisa querida,
mi vida,
tú marca tu senda de humana dulzura
con una medida
que tenga la anchura,
madura,
encendida
para dos:
tú y yo.*

Siempre le había parecido encantadora. Le habría gustado conocer a su abuelo. Por todo lo que había oído de él debía de haber sido un tipo magnífico.

Cuando Latinel quiso declararse a María Rosa había intentado hacerlo como su abuelo, pero a él no se le daba bien la poesía, así que un sábado en la noche cuando la pandilla iba camino del parque donde solían acabar la jornada, el chileno le pisó por detrás disimu-

ladamente la sandalia a María Rosa.

—Lo siento, ha sido sin darme cuenta —se disculpó rápidamente.

—No te preocupes, me la pongo en seguida.

Los demás continuaron con su barullo, ella se agachó a colocársela bien. Cuando se levantaba después de calzársela y ajustársela, el chileno la sujetó por los hombros y la besó en los labios.

—Te quiero María Rosa —le espetó tras un corto pero intenso beso, esperando inmóvil una sonora bofetada.

—Yo también, Latinel —fue la respuesta de María Rosa, seguida de un beso más largo, más cálido e igual de profundo.

El chileno miró el reloj en la pantalla del ordenador; marcaba las 11:46 horas, así que decidió dar por finalizada la primera sesión de autoaprendizaje informático que había puesto en práctica aquella mañana. Guardó el poema, cerró una tras otra las distintas ventanas que permanecían abiertas y desconectó el equipo. Durante unos segundos se reclinó en su silla giratoria observando con deleite su equipo mientras se atusaba con ambas manos el espeso cabello negro que le caía sobre los hombros. Se sentía feliz.

Todavía con la satisfacción dibujada en el rostro bajó calmosamente la escalera que conducía a la planta baja donde tenía su floreciente negocio de expendedoría de vinos y licores, la bodega como a él le gustaba llamarlo. Con la ayuda de su suegro y de María Rosa había adquirido una vieja casa de dos plantas, frente al restaurado castillo, en una de las calles principales de La Bisbal, capital del Baix Empordà, en Girona.

Latinel había invertido todos sus ahorros y una buena parte de los de su suegro, un payés de poca fortuna pero la suficiente como para vivir con desahogo, en la compra y remodelación de la casa y en la adecuación de toda la planta baja en una coqueta y bien surtida bodega en la que se podían adquirir los mejores vinos y cavas de España, e incluso del extranjero, a unos precios "sin competencia",

como rezaba un curioso cartel que María Rosa se había empeñado en colocar en el amplio escaparate aun en contra de la voluntad manifiesta de Latinel, al que le parecía una soberbia horterada carente de la seriedad comercial con que pretendía revestir su negocio.

Aquella mañana de finales de agosto, en la que el técnico de PC-Reus le había instalado su ansiado PC, no había acudido como cada día a la bodega donde, además de atender a los clientes, empleaba su tiempo en recibir representantes, repartir cajas de vino a diversos restaurantes de la comarca, llevar al día los balances de cuentas y de entradas y salidas de material, y a departir con los amigos que pasaban a saludarle y con los que siempre compartía una copa de buen vino.

Uno de los más asiduos era Serafín González que junto a Miquel Basset, un activo militante del PSUC, concejal en el ayuntamiento de La Bisbal, todos los miércoles almorzaban en la bodega de Latinel. Ellos aportaban la comida y el chileno destapaba una buena botella regalo de algún representante de alguna importante bodega.

Serafín y Miquel habían sido las dos primeras personas que cuando en el año 76 Latinel llegó a La Bisbal, tras más de dos años de deambular por distintas ciudades, le dieron cama y comida, le buscaron un trabajo de albañil y sobre todo le ofrecieron la compañía y el apoyo humano que mitigara la soledad de la lejanía de la patria y el dolor, todavía intenso, de la tragedia de su gente y de su pueblo. Porque Latinel había mamado de sus padres y especialmente de su abuela Elisa el valor de la solidaridad, la aspiración irrenunciable a la justicia y la conciencia universal como ser humano.

—¿Cómo ha ido la mañana Andrés? —le preguntó al joven que, con los 18 años recién cumplidos, trabajaba para él de aprendiz desde hacía un par de meses, y en tan poco lapso de tiempo se había ganado plenamente su confianza por el buen hacer y la diligencia que ponía en cualquier tarea que desempeñara.

—Sin problemas, Latinel. Como de costumbre —respondió An-

drés, aprovechando para tomarse un respiro en el desempaquetado de botellas que efectuaba en esos momentos.

El chileno se dirigió al diminuto mostrador situado junto a la pared, en el centro de la estancia, desde donde la divisaba por completo. Revisó sus notas, descolgó el teléfono y comenzó a realizar las tareas pendientes del día anterior. Pero como él mismo suponía no tardó mucho en abandonar. Sabía que cuando una idea le bullía en la cabeza tenía que darle rienda suelta y dedicarse a ella, al menos en un primer momento, hasta que se calmara la desazón que le producía. Y ahora se juntaban la idea y el instrumento para plasmarla: iniciar un relato de amor cuyo comienzo se le agolpaba en la cabeza y escribirlo en su ordenador recién instalado.

—Andrés, me voy arriba; quédate tú a cargo —se dirigió al joven que continuaba desempaquetando botellas de Merlot rosado de la última cosecha—. Si tienes alguna pega me llamas. ¡Ah!, cuando cierres coges el furgón y le llevas a L'Hort Rector de Monells —un selecto restaurante especializado en los guisos con bacalao, en cuya carta figuraban más de ciento veinte referencias de platos con este rico ingrediente— dos cajas de Pinord Chardonnays blanco del 94. Y conduce con cuidado que llevas L.

—De acuerdo. No hay problema —aseguró el muchacho con resolución.

Así que Latinel dejó el trabajo pendiente para el día siguiente y se apresuró escalera arriba hasta su estudio, donde María Rosa doblaba la ropa que acababa de planchar.

—¿No vendrás otra vez a enchufar el ordenador? —le recriminó su mujer—, lo acabas de desconectar hace unos minutos. A ver si te vas a picar ahora con el armatoste y vas a olvidarte de que tienes mujer, hijos y un negocio que atender, que a ti te conozco yo y cuando te metes en algo no ves nada más.

—Pero, María Rosa, ¿todo ese discurso a qué viene? Comprende que es el primer día y que estoy ansioso por descubrir las posibili-

dades del equipo —se disculpó el chileno mientras accionaba el power—. Verás como mañana ya no son las cosas como tú dices.

—Eso mismo me dijiste cuando las protestas contra la Guerra del Golfo, o cuando la Campaña Antinucleares, y no digamos nada cuando la movida contra la entrada de España en la OTAN: "verás como mañana ya no son las cosas como tú dices" y estuviste una semana completa sin arrimarte a casa y sin acudir al trabajo con mi padre —le espetó a su marido tratando de desactivar lo que se veía venir—. Te conozco lo suficiente como para saber qué quiere decir ese brillo delator en tus ojos.

—Tienes obsesión con lo de la OTAN, cada vez que me enfrasco en algo me lo sacas a relucir —le reprochó Latinel con voz calma—. Ya he tratado de explicarte en varias ocasiones que lo de la OTAN ocurrió así porque no podía ser de otra manera. Miquel me había pedido que le echara una mano en la organización de la marcha hasta Madrid para participar en la manifestación anti-OTAN, y el trabajo nos desbordó. La gente del Comité no dábamos abasto: atender a las personas que venían a apuntarse, contratar autobuses, preparar el avituallamiento, confeccionar pancartas, dibujar carteles, repartir propaganda...

—Yo también trabajé en todo eso pero por lo menos venía a casa a cenar y dormir, tú ni siquiera a dormir —interrumpió María Rosa.

—Pero no me digas que el esfuerzo no merecía la pena. Fletamos doce autobuses hasta Madrid y montamos la manifestación más grande que jamás haya recorrido las calles de la capital de España. Lástima que el miedo propagado por el poder reaccionario hiciera mella en alguna gente y perdiéramos aquel referéndum por tan pocos votos, y con él la oportunidad histórica de que la voluntad del pueblo se hubiese expresado con libertad —rememoró Latinel aquellos días en que parecía que la democracia funcionaba por una vez a favor del pueblo.

—Yo no te discuto la bondad del trabajo que todos hicimos, lo

que te quiero decir es que cuando te metes con una cosa lo haces a fondo y hay que tenerte miedo porque te olvidas de todo lo demás —centró de nuevo María Rosa la discusión—. Y con el ordenador es que te veo venir; has bajado a la bodega y has durado poco más de diez minutos.

—Ya te he dicho que sólo es el primer día. Esto no es tan importante como para abandonar todo lo demás —le aseguró el chileno que ya empezaba a incomodarse con su mujer por la riña que estaba propinándole.

—El problema ya no es sólo el ordenador, es también lo que está rondándote en la cabeza. Ese brillo en los ojos lo conozco demasiado bien —sentenció la mujer dando por finalizada la discusión y el doblado de la ropa, al tiempo que abandonaba el despacho cerrando la puerta tras ella con un discreto portazo que revelaba de manera comedida y eficaz su incipiente enfado.

Porque en el fondo María Rosa se enfadaba con mucha dificultad, aunque cuando lo hacía era para echarse a temblar. Latinel lo había comprobado en dos desafortunadas ocasiones: una cuando al mes de casados se marchó de cena con Serafín, Miquel y varios amigos más y no apareció hasta el atardecer del día siguiente. Y no se enfadó por la juerga sino por no haberle avisado y tenerla toda la noche en vela. No le dirigió la palabra a Latinel en diez días, ni le preparó la comida, ni le lavó la ropa. Otra, cuando en uno de los arrebatos de limpieza y desembarazo de trastos que sufría el chileno cada verano, le tiró a la basura, sin darse cuenta, una diminuta muñequita que su padre, siendo ella una niña de cuatro años, le talló en una ramita de encina. En aquella ocasión creyó que el enfado iba a ser eterno más que por el tiempo que duró, dieciocho días, por los llantos intermitentes que la asaltaban cada vez que se acordaba de aquella muñequita.

Latinel López entreabrió la puerta que cerrara su mujer, se sentó de nuevo en su silla giratoria y sin perder un minuto comenzó a

teclear los primeros compases de su relato:

"—¡Don Daniel! ¡Daniel!

Daniel Díaz se volvió desorientado buscando entre la multitud de gente que iba y venía la suave voz femenina que lo llamaba y que le resultaba un tanto familiar. De repente la descubrió:

—¿Mabel? ¡Mabel! ¿Pero eres tú...? ¿Cómo es posible?

Ambos se abrieron camino entre la marea humana que los separaba apenas unos cinco metros. Cinco metros que les resultaron interminables.

—Daniel, yo...

—No digas nada Mabel.

Instintivamente se abrazaron con la pasión de dos viejos amigos, más aún, de dos seres que se amaban, de dos jóvenes enamorados. Aunque ya no eran tan jóvenes. Había transcurrido demasiado tiempo; tal vez veinte años desde aquella noche en que, tras la fiesta de fin de curso, maestro y alumna culminaron un idilio que sin saber cómo se había ido gestando durante los meses escolares.

—¿Qué ha sido de ti, Mabel, durante todos estos años? Estás hecha toda una mujer ¿qué digo? ¡Toda una dama!

—Daniel, hace tanto tiempo...y no he conseguido olvidar nada de aquello. Fue tan bonito...aunque a ti no te trataron bien.

—Déjalo Mabel, no merece la pena entristecernos recordando lo que ocurrió y suspirando por lo que pudo ser.

—Daniel, ¿y si nos fuésemos a almorzar a algún sitio tranquilo donde poder charlar? —propuso la joven sin dejar de mirarle a los azules ojos a su reencontrado amante.

—¡Me parece una excelente idea!

Daniel y Mabel, entrelazados por la cintura, caminaban lentamente por la calle de anchas aceras sobre las que un río humano se apresuraba a ir de aquí para allá como movido por un engranaje sin fin que lo obligara a no detenerse nunca. Por eso Daniel Díaz

odiaba la ciudad aunque se viera obligado a trabajar en ella. Pero aquel día era distinto, sólo existían él y Mabel; lo demás era la nada. Resaltaban entre la solitaria muchedumbre aquellas dos figuras de paso comedido para quienes el tiempo parecía haberse detenido sin más. Caminaban en silencio, quizá reviviendo en el recuerdo su pasado, quizá sus mentes volaban veinte años atrás hacia aquel camping, junto a un sonoro riachuelo, en el que pasaron tres días de acampada toda la clase de octavo y dos de sus profesores. Allí, la última noche, sobre la cima de un pequeño cerro cercano todos estuvieron observando las estrellas, las constelaciones, la Vía Láctea que se presentaban, alejadas de las luminosas ciudades, en todo su maravilloso y natural esplendor. Allí permanecieron hasta las tres de la madrugada en que uno tras otro todos los alumnos y alumnas e incluso Matías, el otro profesor, se fueron retirando a las tiendas de campaña. Sólo quedaron Daniel y Mabel observando el cielo nocturno, paseando cogidos del brazo al frescor de la madrugada, charlando de lo divino y de lo humano, del odio y del amor, de la guerra y de la paz, del compromiso social y personal. A Daniel le parecía imposible que aquella chiquilla de tan solo catorce años tuviese una profundidad de pensamiento que muchas personas mayores eran incapaces de alcanzar en toda su vida. Y a la par que su cerebro había madurado lo había hecho también su cuerpo con un desparpajo inexplicable. Y Daniel, con sólo veinticuatro años y unos meses de docencia, cayó como cualquier joven en el encanto misterioso de la noche, en los brazos acogedores de una niña-mujer que le ofreció sus tiernos, carnosos y sonrosados labios como una fruta madura que el joven maestro aunque hubiese querido no habría podido rechazar. Fue el primer beso y el inicio de un peligroso camino que camufló de terciopelo el amor.

Sin apenas darse cuenta se encontraron sentados frente a frente en la mesa más recóndita de aquel bar-restaurante que a esas horas de la tarde aparecía casi vacío. Un reloj de cuco dio las cinco. Un

joven con aire de macarra tomaba en la barra una caña de cerveza mientras engullía a toda prisa un bocadillo de tortilla.

—¿Qué van a tomar los señores? —les preguntó casi de inmediato muy educadamente un camarero vestido impecablemente con pantalón negro, camisa blanca, chaleco verde y pajarita negra que rondaría los treinta años.

—¿Cómo? ¡Ah, sí! —se sobresaltó Daniel que seguía ensimismado en sus recuerdos. Mabel ni siquiera oyó la pregunta del camarero—. Tráiganos una cerveza y una coca-cola...¡oh!, pero... Mabel, ¿qué deseas tomar?

—Sí, eso, una coca-cola, como entonces —confirmó la mujer lacónicamente dirigiéndose al pulcro camarero mientras colocaba su mano sobre la de Daniel que casi rompía a reír pensando que había pedido para Mabel lo que bebía veinte años atrás.”

El barullo que se acercaba escaleras arriba sacó a Latinel del mundo que había comenzado a recrear y le anunció que sus dos pequeños llegaban a casa para comer tras haber correteado durante unas horas por la plaza del castillo que estaba al otro lado de la calle.

—¡Hola papá! —le saludó Carlos Ezequiel al pasar frente al estudio.

—¡Hola papá! —saludó igualmente Manuel Tobías.

—¡Eh chicos! ¿A que no sabéis qué tengo en mi estudio? —les llamó Latinel con aire misterioso en la voz.

Inmediatamente los dos jovencitos se zamparon en la habitación y lanzaron sendas exclamaciones de asombro y júbilo al descubrir el ordenador que a sus ojos se presentaba imponente sobre el escritorio. —¡Déjame probar, papá! —reclamó Manuel Tobías que con sus once años blandía su primogenitura cada vez que se terciaba para acceder antes que su hermano al disfrute de alguna situación, acción o bien, lo que ocasionaba continuas riñas fraternales que en la mayoría de ocasiones acababa con la intervención apaciguadora

de alguno de sus progenitores.

—¡No, yo primero, yo primero! —exigió Carlos Ezequiel esbozando un forzado y falso lloriqueo, arma con la que se defendía del abuso de edad con que lo pretendía relegar a un segundo plano su hermano mayor.

—¡Eh, chicos! Tranquilos, de uno en uno, que esto no es cosa que se acabe —puso paz el padre con la paciencia que para con sus hijos tenía cada vez que mediaba en una de sus ruidosas riñas.

Tras guardar el texto, los dos hermanos durante unos minutos, guiados por Latinel, se fueron turnando en teclear alguna palabra, mover el cursor con el ratón, marcar trozos de texto, abrir cuadros de diálogo, todo entremezclado con expresiones nerviosamente risueñas ante aquel artilugio que acababa de llegar a casa. Pero poco pudieron disfrutar con el juguete porque María Rosa dio el aviso para que todos se sentaran a la mesa ante las bien preparadas viandas que como de costumbre ofrecía a su familia. El chileno imprimió una copia en borrador de lo que había escrito hasta el momento y sin leerla siquiera desconectó, con poca gana, el PC por segunda vez en unas horas y se sentó a la mesa.

Aquel martes por la tarde, Latinel tuvo que atender, muy a su pesar, varios asuntos urgentes de la bodega que sólo él podía hacer y que no admitían espera: un par de clientes muy selectos y un importante representante de Berberana. Porque si algo destacaba en el chileno era su "don de gentes", como le decía su buen amigo Miquel Basset. Por eso el día que le contó que iba a instalar una bodega no le causó mayor sorpresa:

—Lo que te pongas a hacer lo harás bien Latinel, porque tú tienes don de palabra y te metes enseguida a la gente en el bolsillo —le había dicho.

Desde que el chileno llegó a Madrid, tras el sangriento golpe de estado que perpetrara el malhadado general Pinochet, había hecho de todo: repartir folletos comerciales, pedir en la calle, lavar coches,

recoger y vender cartones y todo con una labia apabullante que le había ayudado a no pasar hambre. Muy poco tiempo tardó en entrar en contacto con círculos de solidaridad con Chile que terminaron encontrándole trabajo de peón de albañil con el padre de Miquel Basset, Ernest, un reconocido y respetado constructor, republicano hasta la médula, que había conseguido la admiración incluso de sus adversarios políticos. Después trabajaría de camarero, de jardinero y particularmente cinco años de ayudante en una bodega donde aprendió todo lo necesario para poder sacar adelante con éxito su propio negocio.

Latinel López cenó poco y con demasiada rapidez, no tomó ni siquiera postre. Se levantó de la mesa y se dirigió nuevamente a su ordenador para retomar el relato que había iniciado esa misma mañana. Conectó el aparato y mientras aparecía la pantalla del escritorio de Windows hizo algunas anotaciones en el mazo de papel de segundo uso que siempre tenía perfectamente dispuesto sobre su mesa de trabajo para realizar el primer borrador de sus incursiones literarias. Aunque ahora, con el ordenador, —pensó— sólo lo necesitaría para tomar resumidas notas. Abrió Word y después el archivo “Relato de amor” con que había bautizado su escrito, movió el cursor lateral desplazándose hasta el final del documento y leyó los últimos renglones dispuesto a continuar el relato:

“—Sí, eso, una coca-cola, como entonces —contestó la mujer lacónicamente dirigiéndose al pulcro camarero mientras colocaba su mano sobre la de Daniel que casi rompía a reír pensando que había pedido para Mabel lo que bebía veinte años atrás.”

310596

BARLOVENTO

Las gambas exquisitas

—¿Qué es esto? —musitó en voz alta mientras echaba mano a la copia que había sacado por impresora antes de desconectar el equipo a la hora de comer.

Latinel relejó el final de su escrito:

“—Sí, eso, una coca-cola, como entonces —contestó la mujer lacónicamente dirigiéndose al pulcro camarero mientras colocaba su mano sobre la de Daniel que casi rompía a reír pensando que había pedido para Mabel lo que bebía veinte años atrás.”

Aquello que aparecía al final del documento “Relato de amor” no le sonaba de nada. Aquello no lo había escrito él. Desplazó el cursor rápidamente al principio del texto y comprobó que efectivamente el inicio correspondía a lo que había tecleado en la mañana. Movié el cursor despacio, línea a línea, relejendo cada renglón hasta que llegó al final de su texto. Movié la cabeza una y otra vez negando la evidencia. ¿Qué pintaban aquellos tres renglones al final de su texto?

—¡María Rosa, María Rosa! —llamó Latinel a su mujer que esa noche había aceptado limpiar la mesa y fregar los útiles de la cena, tarea que su marido tenía encomendada desde el día en que se casaron y se repartieron los papeles del hogar—. ¿Has escrito tú algo en el ordenador?

—¿Yo? —se sonrió burlona María Rosa ante la pregunta—. Sabes tú que yo no he sido partidaria de ese dichoso aparato.

Sin mediar más explicación Latinel se dirigió a la habitación que compartían Manuel Tobías y Carlos Ezequiel y en la que, como cada noche a la hora de dormir, jugueteaban correteando uno tras otro entre sonoras risotadas y algún que otro lloro del pequeño.

—¡¿Quién de vosotros dos ha sido?! —levantó la voz el chileno para hacerse oír entre la algarabía—. ¿Quién ha estado escri-

biendo en el ordenador?

Los dos niños detuvieron de inmediato su juego, miraron a su padre, se miraron entre ellos y volvieron a mirar a Latinel sin comprender absolutamente nada.

—Pero hombre, ¿cómo van a ser ellos? —intervino María Rosa que se había quitado de fregar para seguir a su marido buscando una explicación a su repentino comportamiento—. Si no saben ni conectar el ordenador todavía.

—Nosotros no hemos tocado el ordenador papá. Nosotros no hemos sido —dijeron ambos niños con aires de seriedad.

Latinel se quedó desconcertado durante unos momentos. María Rosa tenía razón, ¿cómo iban los pequeños a ser los responsables de aquellos renglones si no habían tocado nunca un ordenador? Luego si María Rosa tampoco había sido, y eso era muy lógico dada su oposición a la compra del equipo, ¿quién había escrito aquello?

—Entonces, ¿quién lo ha escrito? —repitió en voz baja, para sí, su pensamiento.

—Pero, ¿qué es lo que pasa Latinel? Vas con un misterio que me estás asustando —preguntó ya nerviosa la mujer.

—Pues no lo sé. Esta mañana he empezado a escribir un relato y lo que llevaba redactado lo he guardado en un archivo cuando me has llamado para comer. Ahora, cuando he recuperado ese texto me ha aparecido con una continuación de algo que yo no he escrito —el chileno hizo una corta pausa—. Y si yo no lo he escrito, tú tampoco y los chicos tampoco..., ¿de dónde demonios han salido esas líneas?

—Yo no tengo ni idea —aseguró María Rosa—. Mañana cuando veas a Serafín le preguntas a ver si él que lleva más tiempo trabajando con ordenadores te puede dar alguna pista.

Latinel les dio un beso y las buenas noches a sus hijos y volvió pensativo al ordenador. María Rosa se quedó en la habitación

para leerles el cuento de cada noche y dejó el lavado de la vajilla para más tarde.

El chileno copió el texto de su relato, lo llevó al portapapeles y seguidamente lo descargó en un nuevo documento que había abierto. Quería dejar tal como estaba “Relato de amor” para mostrarle aquel misterio a su buen amigo Serafín González y tratar de averiguar a qué se debía aquella intromisión en su documento. Olvidó momentáneamente el incidente y se concentró en su tarea de escritor aficionado. Retomó su narración y continuó escribiendo:

—Bueno, ¿qué? ¿Me vas a contar cómo te ha ido la vida o nos vamos a pasar el tiempo mirándonos sin decir palabra? —observó el maestro al que no le hubiese importado consumir la eternidad mirando aquellos ojos de azabache.

—¡Oh! Perdona Daniel. Es que hace tanto tiempo. ¡Y todavía llevas barba! —se la acarició la muchacha.

—Sí, todavía la llevo, pero ahora es blanquecina —le susurró Daniel colocando su mano sobre la de ella.

—Estás guapísimo. Siempre lo fuiste; aunque nunca te lo dije.

—Bueno, bueno, Mabel, dejemos eso —interrumpió Daniel con tono paternalista, aunque la verdad es que le agradó escuchar aquel piropo—. Dime, ¿qué ha sido de tu vida?

—Pues, poca cosa: mi vida ha transcurrido en Barcelona, trabajando como relaciones públicas en un hotel de cinco estrellas, casada y sin hijos. Estudié periodismo pero la profesión estaba muy reñida y era muy difícil hacerse un hueco en ese mundo.

—¿Y has dicho que eso es poca cosa? ¿Qué pretendías llegar a Presidenta del gobierno?

—¿Por qué no? ¿No me crees capaz?

—Seguro que sí. Tú eres capaz de todo. De eso estoy absolutamente seguro.

—¿Y tú? ¿Has vuelto a dar clase?

—No. Sigo trabajando en un oscuro despacho. La sociedad me hizo pagar caro el querer a una menor. Pero no me arrepiento. Valió la pena.

El camarero con su impecable estilo sirvió la mesa y se retiró casi con una reverencia digna de un mayordomo. Daniel y Mabel continuaron hablando y hablando hasta bien avanzada la tarde. Había entrado y salido ya mucha gente aunque ellos no parecían darse cuenta de cuanto ocurría a su alrededor.”

Pasada ya la medianoche, vencido por el sueño y el ajeteo de un día cargado de gratas emociones decidió dar por finalizada la sesión; tras sacar la correspondiente copia por la impresora y guardar el documento desconectó el equipo. Se estiró sobre la propia silla giratoria, dio un bostezo y se dirigió al dormitorio donde María Rosa leía “Rimas y Leyendas” —como la abuela Elisa, pensó Latinel— recostada desnuda sobre el artesano cabezal de la cama. Observando la conocida orografía de aquel cuerpo tibio, aquellos ojos azules, las facciones pronunciadas de su cara de ángel, el pelo rubio suelto desparramándose sobre los hombros y aquellos pechos redondeados y altivos, sintió un grato escalofrío y sus sentidos se activaron inmediatamente dispuestos a disfrutar de los minutos que se avecinaban.